

¡AQUI FUE EL TOCUYO!

Tras el Terremoto, Rapiña y Engaño

Buscando El Tocuyo

¿Usted, estimado lector, puede contarse entre las personas que tuvieron la fortuna de conocer la interesante ciudad colonial de El Tocuyo, tal como se conservaba hasta mediado el año 1950?

Si no la llegó a conocer antes de esa fecha, creo mi deber decirle, con toda sinceridad, que tal vez no tendrán mayor interés para usted los párrafos de este escrito. Puede dejarlo pasar, antes de que sienta la desilusión de leerse algo que podría parecerle de poca actualidad.

Si, al contrario, usted —al igual que quien esto escribe— visitó alguna vez la noble villa de Carvajal, de Pérez de Tolosa, de Ponce de León y el esforzado fundador Losada, entonces permítame que con la mejor buena voluntad, y abusando de su confianza, quiera hacerlo confidente de las hondas impresiones que se albergan en mi espíritu desde reciente visita que hice al Tocuyo. Y para preámbulo, basta.

* * *

El viajero que desde la capital laense se desplaza rumbo al sur-oeste, cómo por una diagonal, buscando las primeras estribaciones de nuestra cordillera andina, tras de recorrer por fácil y bien conservada carretera moderna las resacas y estériles tierras que circundan la población de Quibor, y de ascender luego a zona que alcanza altura hasta de 700 metros, pasa muy pronto a un leve descenso, y apenas vencido el corte de algunas colinas que cierran un tanto el horizonte, se halla de repente ante un cambio total de paisaje. Sobre sus retinas resacas aún por las arideces que acaba de dejar atrás, siente como un aletazo de frescura y de verdor que lo despierta a nueva vida. Diríase que de pronto el parabrisas del automóvil se ha transformado en suntuosa pantalla cinerámica al natural; y cuanto más corre el vehículo, más intenso y más variado es el juego ru-tilante de toda la gama de verdes con

que la paleta pródiga del Creador supo decorar el valle que allí se extiende a orillas del río Tocuyo.

Allá al fondo la brisa agitando sus invisibles abanicos se abate regodeante y cariñosa, como peinando la cabellera áspera de los cañamelares y sembradíos. Todo el paisaje ondula plácido y silente, lleno de gracia. Y es tal la impresión que a distancia produce aquel manchón vegetal, que con atinada y original expresión pudo un poeta llamar a aquella su tierra, el valle "de los verdes lagos". Que no otra cosa sino arremansadas aguas esmeraldinas, parecen aquellos campos de exuberante riqueza agrícola.

Todavía no hace ocho años la apacible población cuatrisesecular que se asentaba a orillas de aquella vasta alfombra de verdor, daba su primer saludo al viajero visitante desde la sencilla espadaña de la vieja ermita dedicada a Ntra. Sra. de la Valvanera.

Hoy en cambio, irrumpe y sorprende en contraste con cuanto lo rodea, la mole imponente del Central, cuya poderosa chimenea, cual deleitoso tabaco que arde sin consumirse, lanza su regocijada fumarola, que sin cesar matiza de blanco el azul de aquel pedazo de firmamento tropical.

Pese a este primer contraste inespereado, el recuerdo íntegro del viejo Tocuyo, que el viajero guarda ilusionado, se sobrepone y parece empujarlo con anhelante decisión, para llegar de nuevo a respirar aquel ambiente antañón, típico y sedante, de la ciudad matriarcal que, ni ambiciosa ni envidiada, abría acogedora sus calles para mostrarnos los recuerdos de su antiguo y bien justificado señorío y grandeza.

Mas, no sigas... ¡detén el paso, viajero! Mejor te sería —si pudieras— que antes de avanzar más, rompieras en mil pedazos la placa de bullentes recuerdos del viejo Tocuyo que un día, guiado por mano experta de bondadoso y bien ilustrado amigo, impresionaste y guardaste en tu memoria con admirativa e ilusionada satisfacción.

Y para que de una vez saborees todo el impresionante descontento que te aguarda ahora, y al mismo tiempo temples el espíritu, como el Profeta bíblico, para ver y oír "la desolación

de la desolación" que se ha abatido sobre la ciudad de tan gratos recuerdos, escucha lo que te digo: El Tocuyo ya no existe; El Tocuyo fue; estuvo ahí sobre esa campa que asoma tras los muros pálidos y antiestéticos de ese actual Centro de Salud, que en gesto vergonzante parecen querer cerrarnos el paso para que no lleguemos al corazón de la ciudad viuda, que entre cujises y maleza trata de esconder sus desgarrones, su soledad y su abatimiento. Nunca, por desdicha, fuera mejor parodiada que aquí la expresión inmortal del poeta pagano de Troya: "Aquí estuvo El Tocuyo".

Si, El Tocuyo que embellecido y restaurado en alguno de sus templos y edificios coloniales, había celebrado en 1945 sus cuatrocientos años de existencia, apenas cinco años más tarde, al oscurecer el día primero de agosto de 1950 se extremece y se desploma sacudido por tremendo terremoto.

Es cierto que el suceso fue terriblemente perjudicial para la señera y apacible ciudad, cuna de nuestra historia, museo de tradiciones y academia popular y genuina del típico baile "el tamunangue".

En casi pocos segundos templos y casonas coloniales, apacibles calles y lozanas plazas de frondosa vegetación, eran confuso y doliente montón de escombros. Por fortuna el fenómeno no había atrapado ninguna vida humana entre sus invisibles tentáculos sacudidores.

La primera impresión parecía no dejar duda: ¡todo está destruido! ¡aquí no queda nada!

Pero no era así. Aunque desplomada e inservible en sus dos terceras partes, todavía la vieja ciudad parecía alardear de su fibra heroica ante la muerte, y no se rendía del todo. Allí estaban aún muchos edificios, casas coloniales, aun manzanas casi enteras, que con alguna reparación podrían quedar en pie, mostrándose en adelante como testigos serenos y felices de la mayor catástrofe sufrida por la cuatriseccular villa de El Tocuyo.

Dos posibles soluciones

Ante la magnitud de la tragedia de una ciudad de tan envidiable abolengo y tradición, era imperativo actuar de una vez. No se podía pensar en

"veremos", ni en soluciones y estudios a largo plazo, pues la situación era de urgencia.

Y además había una razón estupefaciente y convincente. Porque pasados los primeros momentos de pánico, de impotencia y de tristeza, los habitantes todos de El Tocuyo, como apiñados sin previo aviso en una sola voluntad y un solo corazón, —salvo muy contadas excepciones— con gesto de imponderable entereza declararon su resolución de no abandonar su ciudad. No hubo deserción ni fuga en masa. Casi con estoicismo todas las familias, sin distinción, enarbolaron una sola consigna: "aquí nos quedamos".

Y así fue. Como se pudo, remendando ranchos, armando carpas, parando cuatro palos para un medio cobertizo, pronto un nuevo Tocuyo —surgido de entre sus propias ruinas— apareció allí mismo como masa de nómadas en el desierto mientras sopla el simún arrollador.

Ante determinación tan firme, fue necesario que los poderes públicos se abocaran a una pronta y definitiva solución.

Dos casos se podían contemplar. Uno: dejar la destruida población tal como quedara por el terremoto, y cuidar aquellas ruinas para curiosidad arqueológica de visitantes que quisieran recordar o conocer cómo era el antiguo Tocuyo. Y levantar la nueva población en la meseta que como aireado balcón se alza allí cerca, en la zona por donde ahora están la moderna manga de coleo y el Comando de la Guardia Nacional.

El otro caso podía ser: Conservar y reparar la buena parte del casco de la ciudad que menos había sufrido y que técnicamente mereciera repararse. Téngase en cuenta que según testimonio común de los habitantes, una buena parte de la ciudad había sufrido apenas ligeros desperfectos. Salvada esta parte vieja, lo demás que estaba en ruinas sería reconstruido dentro del mismo plano y estilo primitivos. De este modo la continuidad de la vieja ciudad se salvaba casi totalmente, en cuanto a su aspecto tradicional.

Pero, para sorpresa de propios y extraños, luego de muchos dases y tomares, el gobierno nacional —tal vez mirando demasiado las cosas desde

Caracas—(y ¡lo que ojos no ven, corazón no quiebra!), optó por una tercera fórmula, que todavía hoy, después de ocho años, arranca los más amargos lamentos y dicterios del corazón de los tocuyanos.

Algo peor que el terremoto

Nos lo decía con voz pausada y reflexiva, pero doliente, un respetable tocuyano: "El terremoto natural fue algo terrible; pero mucho más terrible fue el otro terremoto, el de los que vinieron para la reconstrucción".

¿Qué había ocurrido? Que ninguno de los dos posibles proyectos de reconstrucción que acabamos de mencionar, había sido aceptado por el gobierno nacional. Parecía adivinarse que uno y otro proyecto iba a suponer un presupuesto relativamente limitado, si se comparaban con un tercer proyecto que de inmediato fue mandado ejecutar.

¿Cuál fue éste? Uno sorprendente. Arrasar todo entero El Tocuyo, de uno a otro extremo, sin perdonar siquiera aquel sector, no despreciable, que sólo había sufrido ligeros daños. Y reconstruirlo luego todo totalmente, sobre el plano primitivo.

Era la solución más radical, aunque en absoluto innecesaria. Pero pudo aparecer justificada, al menos en teoría, si luego hubiera sido debida y honradamente llevada a la práctica.

Y quienes desde fuera de El Tocuyo oímos hablar de los planes que se decía iban a realizarse, creímos—y así se nos aseguraba—que el proyecto de reconstrucción total de la vieja ciudad, reproducción y evocación de la destruida, era una realidad en marcha.

Pero... desdichadamente lo que estaba en marcha era otra cosa. Muy pronto los privilegiados del régimen de turno en los presupuestos de obras públicas, olfatearon que en El Tocuyo iba a entrar en danza una gruesa suma de millones. Y lo que a esos señores convenía era que el margen de las obras en proyecto fuera lo más amplio posible, para que creciendo el total de los millones de ese presupuesto, los pingües contratos dejaran también amplio margen para la malhadada especulación de primas y comisiones de los intermediarios oficiales que dondequiera lograban su buena tajada.

Aquello fue como el posarse de la bandada de zamuros voraces sobre la presa agonizante. Lo que menos importaba era la tragedia de un pueblo honrado y laborioso, víctima de espantoso sismo. Lo que sí importaba era que cuanto antes se firmaran contratos gordos, para que así fuese también muy gordo el caldo que unos y otros especuladores iban a saborear de antemano, aunque estuvieran en él condensadas las lágrimas de miles de tocuyanos sumidos en desamparo.

La zamurada había asegurado bien su presa. Las comisiones se pagaron. Los contratos se firmaron. Y tras de esto, sonó la hora de un niño de pecho que patalea en la cuna, comparando con lo que se traían los que afirmaban que venían a reconstruir la ciudad. Tractores, palas mecánicas y cuchillas, camiones y toda clase de implementos devastadores avanzaron de pronto trepidantes e imponentes, pueblo adentro, por entre ruinas y no ruinas. Aquello era tierra de nadie, y nadie los paraba. La escena parecía un ballet macabro y jactancioso, de figuras apocalípticas, que al compás de música horrisona, se desplazaba en todas direcciones. La nube de polvo formaba tenebroso toldo sobre aquel cuadro de máquinas saqueadoras de cuanto topaban al paso. Los viejos muros coloniales; las columnatas y arcadas de frescos patios umbrosos; los zaguanes de ancho portón, redundantes de historia y de leyenda... todo era empujado torrencialmente por las poderosas cuchillas de los tractores, y en confuso montón alimentaba la voracidad de la caravana de camiones que sin parar iban botando el viejo Tocuyo allí, a pocos pasos, al otro extremo de la planicie arrasada.

Para hacer más ruda la desolación que se tendía sobre la polvorienta y ruidosa extensión, iban quedando acá y allá, como islotes, algún que otro edificio de más reciente construcción, que por ser de concreto no había sido afectado por el sismo. Y como refugio de verdor, quedaba también la mancha de arbolado de las plazas, de troncos centenarios, únicos testigos que imbatidos y como desafiantes seguían alzando al espacio la entereza de sus ramajes, en que parecía posábase a vibrar el plañido de la población desaparecida para siempre.

¿Y los templos coloniales, gloria arquitectónica del católico Tocuyo? To-

dos rodaban también confundidos en la escombrera inmisericorde: la señorial iglesia matriz de la Concepción, la amplia y apacible San Francisco, la ya ruinosa Santa Ana. No sabemos por qué conveniencia (¿o inconveniencia?) de los contratistas de una zona, quedaron intocadas, en ángulo solitario, las pluriseculares ruinas de Ntra. Sra. de Belén, pacíficos testigos de tres recios terremotos. Y en medio de la raída ciudad, también la nave central, de típicas columnas bicapiteladas, del bello templo de Santo Domingo; y la mole cuadrada y sobria del tradicional Convento franciscano (sede del Liceo "Eduardo Blanco"), lograron así mismo sortear las arremetidas que a su rededor lanzaban una y otra vez los cornúpetos tractores de la destrucción.

¡Bien! Ya está todo arrasado. Ya la borrachera del movimiento de tierra parece que debía haber terminado. Pero no. La furia sigue; y en algunas zonas —con espanto de la población que a diario curioseaba las labores— se advirtió que las cuchillas y palas mecánicas se hundían una y otra vez en el suelo llano, muy por debajo del nivel normal de calles y plazas. ¿Y eso para qué?, se preguntarían. ¿Quién ha planificado ese trabajo?, ¿quién lo dirige, o es responsable de algo que a todas luces es una equivocación? Nadie lo sabe. Lo único que se sabe es que el tractor debe seguir trabajando, ahondando donde sea, removiendo tierra; y que los camiones deben seguir botando más y más toneladas, si no de escombros —porque ya se acabaron— será de tierra; porque... el contrato es de tanto por camión, y la comisión cobrada de antemano corresponde a tantas camionadas que hay que botar, sea o no necesaria tal botadura. Y al final ¿qué? Pues se había ahondado tanto que, cuando llegó la hora de empezar las construcciones, y de tirar las nuevas calles, —¡pásmate lector!— fue necesario pagar de nuevo camiones que transportaran otra vez las toneladas de la misma tierra antes botada, y rellenar con ella los grandes vacíos y desniveles abiertos poco antes. Todavía a estas horas la vieja Plaza Bolívar atestigua lo ocurrido; pues con su arbolado quedó elevada sobre una plataforma a la que, para su acceso, ha sido necesario construirle escalones.

Y como éste, varios otros inexplicables ¿desaciertos? Llamémoslos así; y ojalá sea este el nombre más justo.

¿Y la planificación de la ciudad? ¿No se había asegurado que iba a hacerse —tal cual— sobre el plano de la vieja ciudad? Pues vea el lector dos ejemplos en desacuerdo con aquella afirmación. Se trata de cosas que ningún tocuayo sincero ha podido ver con indiferencia. A la entrada misma de la ciudad atravesado como cerrado el paso, y cortando calles importantes, se construyó la mole del Centro de Salud, para sustituir al pequeño Hospital existente antes del terremoto. Pero obra tan necesaria no había por qué situarla en posición tan absurda y chocante, contraria a todo funcionalismo y estética del más elemental urbanismo. Se alega que dicho edificio se puso así para limitar, por ese lado, el crecimiento de la ciudad e impedir las construcciones. ¿Desde cuándo los edificios públicos de una ciudad han de quebrantar la estética urbana para llenar funciones policiales? ¿Cómo si no hubiera medios legales municipales con los que regular el plano urbanístico, sin necesidad de afeár las ciudades, ni de truncar el tránsito natural de sus calles!

De manera semejante se construyó, también, la serie de casitas dobles, de una planta, que iban a ser alquiladas y vendidas por cuotas, puestas en manos del Banco Obrero. Fueron construídas en la zona extrema del este; pero para nada se tuvo en cuenta el curso natural de las calles transversales que, aun en la nueva planificación, iban a desembocar en aquella zona. Pero el disparate se hizo, y las calles han quedado sin salida para su tránsito natural. Caso típico, por ejemplo es el de la calle que remataba en el cerro El Calvario, por donde una tradición secular hacía desembocar las procesiones de Semana Santa. Hasta eso ha perdido el azotado Tocuyo.

¿Y entretanto?

Entretanto que todo esto ocurría ante las pacientes miradas de los tocuayos, éstos se hallaban reducidos a la más dura privación. El primer paso oficial que hubo de darse en favor de las numerosas familias que jamás pensaron abandonar su ciudad, fue construirles rápidamente barracas o caneyes donde albergarlas en plan de emergencia, para una vida en co-

mún, sujeta no solo a mil privaciones, sino al peligro de cualquier epidemia infecciosa.

Aun cuando se apresuró la pronta construcción de las nuevas casas definitivas, el tiempo transcurrido durante los intensos movimientos de tierra, previos a la planificación, se hizo demasiado largo. De aquí que las condiciones higiénicas de las barracas se fueran haciendo cada día más precarias, y con ello se cernía la amenaza de un peligro que podía resultar de consecuencias mucho más graves para las vidas humanas, que el mismo terremoto.

Por eso, apenas se iba terminando la construcción de las nuevas casas, las autoridades sanitarias se vieron precisadas a movilizar a los habitantes de las barracas a esas nuevas viviendas.

Pero surgió un grave problema. Muchas familias se resistían al traslado. ¿Por qué? ¿Por honradez!, dicho sea con toda verdad. Porque el canon de alquiler y de amortización de las nuevas casas estaban muy por encima de sus posibilidades económicas. Cómo podría una familia con posibilidades, por ejemplo, para pagar Bs. 30 mensuales, mudarse a una casa de Bs. 70? Y la desproporción se daba por igual en todo tipo de vivienda. Ninguna casa estaba regulada, ni aproximadamente, en proporción con el nivel económico de quienes se suponía que la iban a habitar. Pero frente a esta resistencia de los vecinos, venía la urgencia compulsiva de la Sanidad, pues el peligro de una epidemia en las barracas se hacía cada vez más amenazador. Y no se pudo aguardar más. Por la fuerza fueron desocupadas las barracas; y las familias no tuvieron más recurso que —contra su voluntad— meterse a vivir en casas que nunca podrían pagar.

Y con esto nos hallamos ante una nueva estación de este via-crucis to-cuyano. Los meses fueron corriendo con rapidez casi inadvertida. Las nuevas casas habían pasado para su administración al Banco Obrero. Y un buen día —mucho más negro que el del terremoto— aparecen de pronto los representantes de dicho Banco a exigir el cobro de los alquileres retrasados. Casi nadie había podido pagar. Y todos se declaraban insolventes.

¿Qué más podían hacer? Pero acto seguido el Banco lanza la orden terminante de desalojo. De nada valía explicar que la ocupación había sido contra voluntad, obagados por la Sanidad. Y durante días se sucedieron las más desgarradoras escenas. Estas habrían culminado con la tirada en masa, a la calle, de numerosas familias sin recursos. La oportuna intervención de alguien que por su posición gozaba entonces mucho del favor oficial, pudo por entonces detener aquel nuevo y aún más doloroso terremoto a las puertas mismas de los hogares tocuyanos.

Y a todo esto aún le quedaba otra secuela. Muy poco tiempo después de ocupadas, aquellas casas de espacio y distribución interior limitadísimos, mostraban también la pésima calidad de su construcción; la cual no parecía concordar con el alto costo con que figuraban en el presupuesto y contrato. Entre otras cosas, los techos se hicieron de material tan pobre que para zona tan cálida, apenas aislan del calor en el verano, ni de la lluvia en el invierno. Y la estructura de dichos techos, presupuestada para hacerse con madera de pino resinoso (pitch-Pine), se hizo con pino blanco de ínfima calidad, que muy pronto empezó a apolillarse. Nos decía a este propósito un caballero —con algo de ese buen humor que aún en nuestros pesares tenemos los venezolanos como válvula de escape—: “Si usted quiere hacerse rico vendiendo talco fino, véngase a recoger cada día el talco de pino que sueltan estos techos; son una buena fábrica”.

Problema parecido al del pago de los alquileres de esas casas, surgió también con las familias que solicitaron créditos del Banco Obrero para construir en los terrenos donde antes tuvieron sus propias casas. Concedidos estos créditos según ciertas condiciones, de pronto aquellas condiciones parecieron modificadas sin previo aviso; y se exigió, también en forma inesperada y drástica la cancelación de cuotas acumuladas, que sumaban cantidades imposibles de pagarse de una vez. Algunas familias ni siquiera habían concluido de fabricar. También aquí se empleó la fatídica amenaza del desalojo; y como en el otro caso logró detenerse por la misma intervención antes mencionada.

¿Coincidencia o consecuencia?

¿A qué pudieron obedecer medidas tan arbitrarias? Voz común entre los tocuyanos es que aquello fue la represalia, o castigo, con que el gobierno se cobraba el hecho insólito de haber obtenido el partido gubernamental, en las históricas elecciones de 1952, solamente un voto entre los habitantes de El Tocuyo!

Ante tan aplastante repulsa, una política avizora hubiera aconsejado investigar sus causas. Pero parece que sólo hubo la reacción de decretar una especie de castigo dantesco: "Perded toda esperanza, desdichados tocuyanos". Y El Tocuyo quedó definitivamente abandonado a propia impotencia.

Peró bien se comprende que los tocuyanos no podían haber votado de otra manera. Allí ante sus propios ojos habían visto como, jugando con su amargo destino, se habían ido dilapidando los millones y millones que debían servir para poner de nuevo en pie la amada ciudad. Allí tenían, es cierto, construída de nuevo, tal como había sido, su querida iglesia de La Concepción. ¿Pero costaba efectivamente los millones que decía el presupuesto? Y aquel templete inútil, construído en la plaza frontera de la Iglesia, ¿cuánto valía en realidad, y para qué se había edificado? Y las

bellas ruinas del templo de Santo Domingo, —que aún es tiempo de que se las acondicione y salve de su total destrucción—, ¿por qué se las abandonó tan lastimosamente? Y la fortuna gastada en aquel saqueo absurdo de camionadas de tierra, que luego fue necesario reponer, ¿qué beneficio trajo a la ciudad?

El hecho hablaba con elocuencia irritante: los millones se habían ido; —¿a quién habían aprovechado?— Y El Tocuyo quedaba desaparecido. El viajero hoy lo busca, y no lo encuentra. Alguien, bondadosamente, comparará lo actual con una urbanización moderna, a medio empezar, fracasada y olvidada. Otro más cáustico, al ver la maleza y los cujises campando a sus anchas por doquiera, cree ver casas y edificios dispersos en medio de un potrero. Y nadie puede sospechar que allí estuvo la ciudad matriz de siglo y medio de historia del Centro de Venezuela, y que un día dió a luz a su más espléndida hija, Caracas.

El dolor actual de El Tocuyo, y la entereza con que lo sobrellevan sus habitantes, es cosa que se pega al corazón del visitante, y le obliga a alzar su voz para contarle a los venzolanos algo siquiera de lo que la mayoría ignorábamos. Y ojalá que amanecan pronto días nuevos que hagan otra vez sonreír de prosperidad y justo orgullo a los heroicos habitantes de "la ciudad de los verdes lagos".

Barquisimeto, mayo de 1958.

PEDRO P. BARNOLA, S. J.

